

Porque Úrsula Benincasa no es aquí más que un pretexto para acercarnos al resplandor y a los arcanos de Úrsula Benincasa. Dicho de otra manera -y para que nadie crea que hacemos uso de un juego de palabras-, lo esencial del libro, pese a ser muy importante, no es la persona en su contexto histórico o biográfico sino la personalidad consubstancial del personaje. Un personaje que en este caso engloba de manera providencial a la persona, pero que va más allá en su grandeza lírica, y, si se me admite el término, también en su impostura.

La impostura en Sor Úrsula es otro don del cielo, uno más a añadir a su luz impenitente y extasiada. Úrsula está trascendida de Dios, arrebatada, y cuando Dios trasciende un corazón humano todo en él deviene resplandor y fantasía, o ¿qué otra cosa es la intimidad cuando uno la comparte con humilde sazón, cuando uno sueña ser Hostia para poder entregarse resuelta y plenamente?. "*La intimidad con Dios* -habla Úrsula por boca de Arteaga- *se verifica en el silencio resplandeciente*". Y pues "*Sólo Dios nos llevará a donde habrá que ir*" y los designios son inescrutables, El busca en cada uno los modos ideales para mejor servirle.

Los éxtasis de Úrsula, como los de Teresa de Ávila, no son, a mi modo de ver, pura y genuinamente accesos místicos -que existen, parece un hecho- sino más bien arranques divinos, ascesis de una humanidad que se sublima y contagia.

Acaso porque Úrsula, aun en los momentos de fulgurante arrobó,

*"Era dulce y serena como las oraciones
del misal. Y alumbraba más que los candelabros
de la noche de Pascua, Cruz y luz repartidas
en los signos gloriosos de su cuerpo maltrecho".*

En línea con lo expuesto hay que apuntar por tanto que "Resplandor para un éxtasis" es un libro difícil. Un libro, quiero decir, de difícil ejecución por su argumento, y que al lector, no obstante, le resulta luminoso -valga decir diáfano- y ameno. En esa luminosidad inteligible o escogida, si se prefiere, radica precisamente la dificultad -doble dificultad- a que aludimos; en efecto, si ya es tarea ardua hablar con ponderación y perspectiva de las cosas arcanas, todavía lo es más hacerlo con claridad, caridad y pericia.

Fuere sólo por ello -y por si alguien dudase aún de esta verdad palmaria- Valentín Arteaga merece ser llamado poeta con mayúscula. Un poeta mayor nacido en gravedad de ensalmo y Escrituras.

Del libro habremos de seguir hablando sin remedio, alejandrina estructura y versos de Pasión estremecida. Pero yo no debo ocupar al lector más tiempo con mis divagaciones, hoy es día de resplandor gozoso, de éxtasis causal y Acción de Gracias.

Antonio GONZALEZ-GUERRERO

